

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

CUANDO años atrás me ocupé del mundo de la zoología fantás-

tica, lo hice desde una vertiente antirrealista, de maravillosa irracionalidad (la desgracia empezó con el racionalismo crítico del siglo XVIII), y su carácter excepcional nos ponía ante el magicismo (no había ninguna causa ni efecto alguno), haciéndonos salir de lo que es habitual, cotidiano y antifantástico. Se me reveló, por supuesto, lo humano y fatigoso de la razón, muchas veces errónea, y la perfección del conocimiento intuitivo, divino o, por lo menos, angélico. Fruto de todo ello fue el «Monstruario fantástico» (1976), que representaba una selección de monstruos, todos ellos de carácter antropomórfico.

Ahora, bajo el título de «Fauna secreta» y de la mano de Juan Fontcuberta y Pedro Formiguera, hemos asistido, en el Museo de Zoología de Barcelona (con introducciones de Rosario Nos y Pedro Alberch), a la exposición de los documentos hallazgos del misterioso profesor Peter Ameisenhaufen (Munich, 1895), perteneciente a la Ludwig Maximilian Universität en la que impartía clases de zoología y ética de la investigación y de la que fue despedido, seguramente por heterodoxo, en 1932. El profesor Ameisenhaufen desapareció en el norte de Escocia el día 7 de agosto de 1955, dejando el coche intacto junto al precipicio de los acantilados del cabo Wrath. El cuerpo del profesor no fue hallado nunca. «Dos meses después, su casa de Glasgow sufrió un incendio a consecuencia del cual se perdió (se supone) una parte de su archivo.» La otra parte conservada la encontraron Fontcuberta y Formiguera.

Precisamente esta parte es la que se expone ahora, haciendo gala de un formulismo científico bien dosificado. Como precedente sería preciso invocar la figura del doctor Francisco Darder (1851-1917), que, desde muy joven, se dedicó al estudio de la historia natural. A su iniciativa se debe un laboratorio ictiogeno. Fue el primer director del Parque Zoológico de Barcelona y del Museo de Bañolas, falleciendo al cabo por las heridas recibidas y causadas por uno de los extraños entes que pueden verse en la actualidad conservados en el referido centro. Fue autor de diferentes obras, como «La Triquina y la triquinosis en el hombre y los animales», «Manual práctico de veterinaria», «Sexo a voluntad», etcétera. En mis peregrinaciones por Bañolas y su lago, pude frecuentar el lúgubre museo repleto de seres con dos cabezas y más miembros, pieles humanas curtidas, fetos repelentes, momias misteriosas y terroríficas, ejemplares no duplicados por la Na-

FAUNA SECRETA

turalidad, como la «liebre marina», que figura en el «Dioscórides», anotado por el célebre doctor Laguna y que transcribo de la edición de Amberes de 1555: «un pece algo roxo sin espina, sin hueso, el qual en la cabeza se parece mucho a la liebre terrestre. Este animal es tenido por venenoso, porque no solamente comido, y bevido, offende, empero también si una mujer preñada viere a la hembra, se le rebuelve luego gravemente el estómago. Da de sí un olor hidiendo», etcétera. También en Linneo hallo el «Vespertilio spectrum» (Le Vampire) transcrito en la traducción francesa de Mr. Vanderstegen de Putte del «Système de la Nature»: «point de queue, nez infundibuliforme, lanceolé, narines ressemblant intérieurement à un entonnoir, se terminant en dessus en une feuille, oreilles ovales», etcétera. Todo ello entendiéndose como algo familiar, como cosa aprendida de antaño, en la prosa castiza de Clavijo y Fajardo, describiendo «El Paperudo» (con huellas evidentes en Bañolas) en su clásica traducción del conde de La Cépède continuando a Buffon: «el Paperudo es muy vivo y ligero, y tan familiar que, sin temor alguno, se pasea por las habitaciones, por las mesas y aun por encima de los convidados. Su postura es graciosa y su mirar fixo, y aún se creería que escucha lo que se habla». En la «Pharmacopea Matritensis» (1762) encontré fórmulas alusivas o aproximativas a estos entes, raros o nauseabundos, tales la «preparatio cornu cervi philosophica», la «preparatio intestinalium lupi», la «preparatio viperarum», según se tenga a mano (tomando como ejemplo a ésta última) un repertorio adecuado de «viperæ, vere, autumnus sunt capiendæ, tunc enim vivaces, pingues, crassæque existant».

En «Fauna secreta» hay excepcionales maravillas (todas científicas y con ex-

celente documentación gráfica), como el «Alopex stultus», el «Micostrum vul-

garis» o el espectacular «Centaurus neandertalensis», reproducido en la portada del catálogo, descrito con observaciones importantes como la siguiente: «De hecho, todavía no estoy seguro de si hay que considerar el C. N. como un semi-hominido, un mito viviente (?), o un simple ejemplar zoológico. Si su aspecto no se aproximase tanto a la del mito griego se podría pensar que se trata de una mutación accidental. Sin embargo, el ser al que practiqué la autopsia anteayer era una criatura adulta, con una capacidad craneal de 1.105 centímetros cúbicos y, lo que resulta más sorprendente, con una increíble capacidad de aprendizaje y de comunicación. Si fuera posible considerar exclusivamente su parte anterior superior, ahora estaría escribiendo sobre el fabuloso descubrimiento del famoso "missing link". Cada vez que oigo el registro de su voz pronunciando mi nombre (aunque con dificultad) me siento poseído por una gran sensación de desasosiego.»

Sin embargo, mis preferencias las obtiene el «Pirofagus catalanae», que es un dragón localizado en Sicilia, abandonado por los catalanes durante su dominación en el siglo XVI. Es posible encontrarlo todavía en los alrededores del impresionante volcán Etna y en los sótanos de la villa «Dei Mostri», de los príncipes de Palagonia, palacio que construyó Ferdinando Francisco Gravina en Bagheria, al lado de Palermo.

Este dragón, o «Pirofagus», ha degenerado mucho y, en nuestros días, con la respiración se traga el fuego que expelle por las fauces. Eso le convierte en un ser desgraciado, malhumorado, pues se quema las encías y se ve obligado a enjugarse la boca con agua fresca de las acequias y fuentes públicas, a falta de elixir dental o bucal.

El «Pirofagus» fue trasladado a Sicilia hacia 1532 por el cartógrafo mallorquín Bartomeu Olives, antes de aposentarse en Palermo, con la intención de regalarlo al párroco de Mesina; pero escapó de la jaula de hierro que forjaron en Barcelona, fundiendo los barrotes macizos con el fuego que salía de su garganta. Me lo contó mi querido y sapiente José María Millás Vallicosa un día que coincidimos en el tren de la línea que une Gerona con Barcelona. Millás hacía continuas citas eruditas del tratado del Assafeo, del sabio Azarquiel, cosa que me interesó muchísimo.

Juan PERUCHO

ABC

EDICION INTERNACIONAL

Un medio publicitario único
para transmisión de mensajes
comerciales a ciento sesenta
naciones